

#

9

— **Transatlántico.**

Periódico de arte, cultura y desarrollo  
del Centro Cultural Parque de España,  
Rosario, Argentina. N° 9, otoño de 2010

**Bienvenidos a la**

**REVOLUCIÓN**

# La suerte de la nación



Fiestas Mayas. Buenos Aires. Pellegrini, litografía coloreada, 1941. Monumenta Iconographica, Emecé Editores, Buenos Aires, 1964.

Aunque el cariz de su significado histórico ha sido fuente de masivas e intensas disputas, en el gran relato argentino, en el de unos y otros, la trascendencia del 25 mayo de 1810 nunca fue cuestionada. La fecha está unida de manera indefectible a todas las fábulas de la identidad colectiva, y marca, con precisión originaria, el comienzo de la más perdurable invención cultural: la nacionalidad.

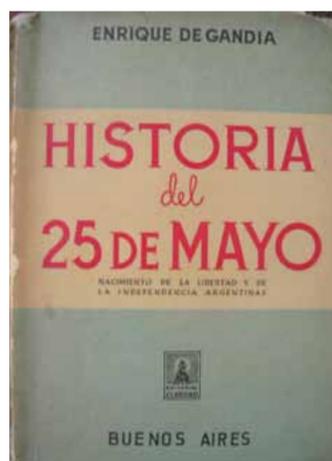
## Ignacio Martínez

La convicción del carácter trascendente del 25 de mayo es uno de los rasgos fundamentales que definen la identidad colectiva argentina. ¿Por qué? Hay al menos dos grandes respuestas a esa pregunta. La primera, y la más difundida, es que el 25 de mayo de 1810 y los sucesos que se desencadenaron desde esa fecha son el momento de la historia donde los componentes esenciales de la nacionalidad, del ser argentino, se manifestaron con toda su fuerza para dar inicio a un período donde la suerte de la nación quedó en sus propias manos. La segunda respuesta niega la existencia de la nación argentina como sujeto histórico en 1810, pero no por ello deja de aceptar la importancia de la revolución en la identidad nacional. Desde esta segunda perspectiva, el reconocimiento unánime del 25 de mayo como fecha trascendente es una prueba del éxito de la política cultural de invención de nación que se llevó adelante desde el último tercio del siglo XIX en adelante. Entre una postura y otra existe toda una gama de lecturas posibles que sólo coinciden en un punto: la revolución de mayo es uno de los episodios históricos con mayor relevancia en la cultura cívica argentina. La importancia de la revolución como mito fundante fue advertida y alimentada desde muy temprano. Durante la década de 1810, cuando las autoridades que habían desplazado al virrey en Buenos Aires se hallaban sumidas en profundas disputas internas y sus ejércitos intentaban infructuosamente conservar bajo la influencia de la capital todo el territorio de su virreinato, el gobierno central se esforzó por difundir la idea de que el 25 de mayo había sido un quiebre que estaba dando paso a una nueva época denominada por esos días “regeneración política”. Año a año a partir de 1811, se intentó instalar esa imagen organizando fiestas conmemorativas en todas las ciudades donde se mezclaban elementos de alto impacto emotivo heredados de las fiestas coloniales con motivos discursivos novedosos que consagraban la revolución como el fin de la opresión despótica y el comienzo a la vez de una nueva era de libertad e indudable bienestar general. Estos despliegues simbólicos tenían la doble ventaja de llegar a sectores no letrados y de presentar una imagen de la revolución sin fisuras. Se buscó también por medio de estas fiestas crear una identidad colectiva que aglutinara a todos los pueblos que la revolución había venido a liberar, e incluso que desplazara símbolos tradicionales de identidad local como los de los santos patronos.

Pero las fiestas, o los discursos y sermones que se pronunciaban en esas ocasiones, no aportaron la única versión del 25 de mayo. Con el paso del tiempo comenzaron a sumarse interpretaciones escritas bajo la forma de memorias, biografías y autobiografías y, excepcionalmente, de crónicas o relatos históricos. La más temprana de estas historias, el *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán*, redactada en 1816 por el deán Funes, fue acompañada por un breve artículo que llevó por título *Bosquejo de nuestra revolución*, donde su autor saluda con alborozo la inesperada buena de la revolución pero lamenta al mismo tiempo que sus beneficiarios encuentren tan arduo el modo de encauzarla sin malograr con sus disputas el glorioso futuro que promete. Esa figura oscurecida por las sombras de la incertidumbre con que el deán esboza el cuadro de la revolución se repite en otros relatos. Ello se debe en gran parte a que el proceso iniciado durante la semana de mayo estaba aún abierto.

## El sentimiento nacional

Pasaron los años y los conflictos no mermaron. A lo largo de su extenso gobierno, Rosas procuró y consiguió en gran medida aplacar esas disputas —muchas veces, es cierto, crispándolas para luego cortarlas de raíz—. El Restaurador hizo del orden, del respeto a las leyes y de la obediencia a la autoridad argumentos centrales de su legitimidad y proyectó hacia el mito de la revolución de mayo esos valores. Para Rosas y sus asesores letrados, en mayo de 1810 no había ocurrido un acto de sublevación hacia la monarquía hispana sino, por el contrario, un movimiento político destinado a salvar para la Corona la lealtad de las tierras más australes de su dominio frente a la disgregación y anarquía que había introducido la invasión napoleónica en la Península. Con ello no se negaba el carácter trascendente de la revolución: en 1810 el pueblo argentino había manifestado libremente su lealtad hacia la autoridad legítima del rey y había luchado para conservarla. Sólo la obediencia negativa de las autoridades peninsulares en reconocer este gesto decidió a sus desengañados súbditos a declarar la independencia seis años después. No descuidó Rosas tampoco la organización de las





25 de mayo de 1844. Buenos Aires. Isola, litografía coloreada, 1844. (Fragmento). Monumenta Iconographica, Emecé Editores, Buenos Aires, 1964.

fiestas en conmemoración del 25 de mayo. En la meticulosa organización, su gobierno se propuso representar simbólicamente el orden federal como legítimo heredero del movimiento iniciado en 1810.

También reivindicaban ese título los opositores al rosismo. Entre ellos, los que con más empeño elaboraron un discurso que pretendía explicar el pasado y a la vez otorgar las claves para gobernar a futuro fueron los miembros de la generación romántica. En los escritos de Alberdi, Echeverría y otros que formaron parte de ese movimiento la revolución conservaba el carácter inconcluso que le habían adjudicado sus predecesores, pero ya no se trataba de un acontecimiento inesperado, provocado por la crisis monárquica, sino que era entendido ahora como el desborde necesario e inevitable del impulso hacia la libertad de un sujeto que aparecía aquí por primera vez en los relatos históricos con contornos definidos: la nación.

Tras la caída de Rosas en 1852, esa nación que los románticos querían ya existente en 1810 comenzó a cobrar forma institucional a paso lento y con serias dificultades. En la pluma de sus proyectistas, que eran esos mismos miembros de la generación romántica, la labor parecía ser, si no menos trabajosa, sí más previsible que para sus antecesores. La fórmula liberal de una economía abierta a los mercados y capitales externos y un sistema político legitimado por la representación del pueblo soberano era el modelo indiscutible para poner de una vez por todas a la Argentina en el camino del progreso. La biografía circunstanciada de Belgrano, escrita por Bartolomé Mitre en sucesivas ediciones entre 1857 y 1887, fue la adaptación más exitosa del pasado a este nuevo presente pero, sobre todo, a la imagen del futuro ineludible de la nación. En esta historia argentina no quedaban rastros del componente imprevisto de la revolución. En mayo de 1810, según Mitre, se había concretado una tendencia independentista que había madurado durante años entre los criollos, embargados de un sentimiento nacional que las condiciones geográficas e históricas habían hecho liberal y democrático ya desde la colonia. Por ello no podían tolerar indefinidamente un gobierno despótico como el español, pero tampoco podía esa democracia inorgánica dejarse librada a sus impulsos, porque si tal cosa ocurría la nación se vería condenada a oscilar entre la anarquía y la tiranía. Para probarlo bastaba recordar el camino recorrido desde el caos del año 1820 a la dictadura rosista. Era el deber de las élites letradas brindar a la nación un sistema de ideas e instituciones que permitiera encauzar el torrente democrático en el rumbo del progreso. El modelo constitucional, republicano y liberal era el que mejor se adaptaba a esas condiciones. De esta manera, el camino iniciado en mayo recién había sido retomado en Caseros, tras la derrota de Rosas y la sanción de la Constitución Nacional. La imagen de la nación como sujeto preexistente y trascendente, protagonista y dadora de sentido a los sucesos revolucionarios de mayo se instalará a partir de aquí como un rasgo incuestionable de la naciente historia argentina.

### Una representación del poder

Así, hacia la década de 1880, los artífices de lo que se conoció como Argentina moderna tenían a su disposición un relato histórico que volvía su política al mismo tiempo necesaria y promisoría. Las conmemoraciones organizadas por el Estado no sólo reprodujeron esta imagen sino que fueron perdiendo paulatinamente el carácter de fiesta popular que tenían antaño, donde los concurrentes participaban en diversos juegos y competencias, para convertirse en una representación del poder y magnificencia de ese Estado por medio de desfiles militares y fastuosas escenografías, en la que los asistentes eran mero público pasivo. Para 1910 la exactitud del relato histórico forjado por Mitre era confirmada por la exitosa adaptación del modelo productivo argentino a los requerimientos del sistema capitalista mundial, y por la vertiginosa expansión económica, demográfica y territorial que esa adaptación había provocado. Las celebraciones del centenario de la revolución estuvieron a tono con esa imagen autocomplaciente que la dirigencia se había formado de su labor al frente de los destinos nacionales.

Pero el esplendor del centenario no podía ocultar los reclamos y enfrentamientos originados en las desigualdades socioeconómicas que el modelo modernizador ya estaba provocando. La preocupación por el rol de los estratos más bajos de la sociedad en el curso de la historia se proyectó una vez más sobre el período revolucionario. Las respuestas transitaron desde el positivismo biologicista de José María Ramos Mejía, que consideraba que la revolución se había incubado como una predisposición psicológica inconciente entre las “multitudes argentinas” durante años antes de estallar en mayo, a los análisis de

Juan B. Justo que, influido por el materialismo dialéctico, veía en la revolución sólo un movimiento burgués —donde las masas no habían tenido participación alguna— destinado a liberar en su provecho las potencialidades económicas de las llanuras argentinas que el monopolio comercial colonial sofocaba. Las explicaciones con vocación de cientificidad convivieron con otras menos preocupadas por descubrir leyes inquebrantables para el curso de la historia pero igualmente atentas a la mayor o menor importancia que habrían tenido los sectores bajos de la sociedad en la gesta de mayo, como las de Paul Groussac o Ricardo Rojas. Estas relecturas del pasado no cuestionaban en líneas generales el sentido de la historia trazado por los primeros historiadores de la nación: al igual que Mitre o Vicente Fidel López, los pensadores de fines del siglo XIX y comienzos del XX consideraban que en 1810 la nación había luchado por sacudirse el manto de decadencia y atraso con que la había cubierto el dominio colonial. Y si bien lo había conseguido en gran medida, los vicios de la colonia habían resurgido durante el oscuro período del predominio rosista.

### Los intereses argentinos

La denominada Nueva Escuela Histórica, cuyos representantes publicaron sus obras más importantes entre las décadas de 1920 y 1930, limó las aristas más ríspidas de la crítica tradicional al rosismo y ofreció a este relato la legitimidad del rigor metodológico en la búsqueda y tratamiento de los documentos. En el camino abierto por Mitre, personajes como Ricardo Levene, Emilio Ravignani o Diego Luis Molinari hicieron del rigor disciplinar su bandera y, lejos de constituir casos aislados, se preocuparon por hacer escuela e institucionalizar su labor dentro de organismos financiados por el Estado.

El cuestionamiento a este relato se nucleó en torno a una corriente que se autotituló “revisiónismo histórico” y cobró cuerpo e impulso tras la crisis del año 1930. Los revisionistas afirmaban que los grupos dirigentes e intelectuales que se habían encaramado en el poder luego de Caseros habían traicionado los intereses nacionales en beneficio propio, poniendo a disposición de las potencias imperiales (fundamentalmente de Gran Bretaña) las riquezas del país. Para ocultar este latrocinio monumental habían falsificado la historia, engrandeciendo la figura de los primeros ideólogos de ese crimen, como Rivadavia y su séquito, y condenado a aquellos que habían luchado por defender los intereses argentinos. El principal mártir de esta falacia histórica era Rosas, a quien los revisionistas se propusieron reivindicar. La fuerza de esta corriente quizás radique menos en su dudosa originalidad que en la coyuntura histórica en la que estos elementos fueron articulados entre sí. La crisis en que parecieron abismarse el modelo capitalista y las doctrinas liberales que habían dado nacimiento a la Argentina moderna, y la fuerza que cobraron las alternativas corporativistas e integralistas a lo largo de los años treinta otorgaron las condiciones de recepción de un discurso que negaba la ruptura con el legado colonial en mayo de 1810 y encontraba en cambio en el sentido más profundo del proceso revolucionario —en el *pathos* de los pueblos que lo protagonizaron— los valores y tradiciones hispánicas. Esas tradiciones, afirmaban los revisionistas, siguieron presentes luego de la revolución a pesar de la impronta liberal e iluminista que buscaron darle algunos de sus dirigentes, exponiendo al país a la extranjerización de su cultura y la expoliación de sus riquezas.

El impacto del peronismo —particularmente del período de proscripción abierto tras el derrocamiento de su líder— en la cultura política argentina tuvo como consecuencia que algunos de los tópicos del revisionismo se instalaran como una suerte de sentido común histórico en amplios sectores de la población. La gravitación del imperialismo a lo largo de la historia argentina como principal obstáculo para el libre desenvolvimiento de sus potencialidades, la complicitad de un reducido círculo local con las potencias extranjeras y el surgimiento en algunos momentos clave de la historia de personas y movimientos que, en consonancia con los intereses del pueblo relegado, se hacen cargo del gobierno en defensa de los intereses nacionales pero, casi fatalmente, son luego ilegal e ilegítimamente desplazados del poder por los intereses extraños y sus adláteres, formaron parte no sólo del discurso histórico peronista, sino también de las interpretaciones ofrecidas por una izquierda sacudida a su vez por el fenómeno peronista.

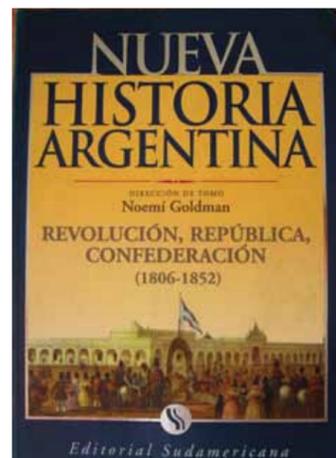
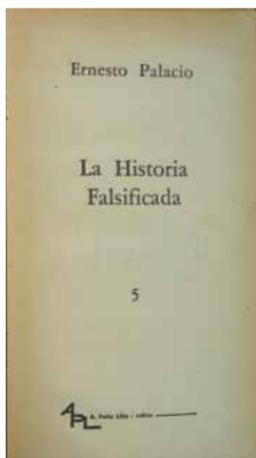
### Relatos plurales

Sería muy pobre una exposición de las versiones de la revolución de mayo que se limitara a explicarlas por su contexto político. Desde

la célebre discusión entre Mitre y Vicente F. López sobre las formas de probar los acontecimientos pretéritos, los relatos sobre el pasado argentino estuvieron preocupados por justificarse apelando a diferentes métodos de hacer historia. La tendencia a aplicar sobre el pasado las herramientas de las ciencias sociales se profundizó hacia fines de los años 1950 en algunas universidades nacionales. Con el retorno a la democracia en 1983, esa experiencia y algunos de sus protagonistas se constituyeron en la base para la construcción de un espacio académico que ha alcanzado hoy un nivel de institucionalización y movilización de recursos materiales y humanos sin precedentes. En el interior de este espacio se definieron algunas claves para interpretar la revolución de mayo que continúan vigentes. En primer lugar, el acontecimiento no se considera producto de la maduración de fuerzas internas, sino que se comprende como parte de la crisis monárquica hispana precipitada por la invasión napoleónica. Complementaria a esta tesis es la de la inexistencia de una conciencia nacional en 1810 y, por lo tanto, la imposibilidad de ubicar un sujeto histórico que pueda encarnarla. Ni las élites ni los sectores subordinados se consideran portadores de proyectos o valores cuyo descubrimiento permita entender el sentido último de la revolución de mayo y, menos aún, trazar un camino a seguir. Cierto es que, entre las toneladas de libros y artículos que se escribieron sobre la revolución de mayo, podrían encontrarse estas ideas enunciadas previamente. La novedad radica, primero, en que no se busca en este caso reemplazar un sujeto histórico trascendente por otro, sino privilegiar como método la sistemática desconfianza hacia cualquier argumentación de ese tipo. Y segundo, en que tales afirmaciones están hoy respaldadas por un sinnúmero de investigaciones que abordan múltiples aspectos de la realidad histórica, que van desde el estudio de las administraciones fiscales o los patrones de inversión de los comerciantes porteños a las representaciones arquitectónicas y gráficas de las nuevas formas de la política, pasando por las formas de participación de los sectores subalternos no sólo de Buenos Aires, sino también de Salta o Mendoza. Los fluidos contactos con centros académicos del exterior aportaron nuevas herramientas metodológicas e integraron al caso rioplatense en una agenda de problemas y procesos de mayor escala.

Sin embargo, allí donde esta versión del 25 de mayo encuentra su riqueza argumentativa choca también con la dificultad para extenderse en la sociedad argentina. La inexistencia de grandes protagonistas o causas fundamentales y permanentes en esta versión quita atractivo frente a un público habituado a relatos (no sólo históricos) más lineales. La resistencia que encuentra el discurso en la sociedad es acompañada y profundizada por las dificultades del mismo espacio académico para difundir sus relatos. No es que falte la voluntad de hacerlo, por el contrario, los intentos de “salir” al espacio público son reiterados. Pero las condiciones mismas de la especialización han hecho no sólo que el discurso y los conceptos manejados requieran cierto entrenamiento para ser comprendidos, sino que muchas veces las motivaciones y objetivos que subyacen a los proyectos de investigación obedezcan a criterios propios del espacio profesional y no tengan una traducción inmediata a los intereses del público. Aunque los miembros de la generación que protagonizó esta renovación tienen presente el sentido político de su labor historiográfica, cada vez es más frecuente encontrar entre los investigadores más jóvenes motivaciones bastante alejadas del carácter cívico que Mitre y quienes lo sucedieron le otorgaban a la historia.

Así y todo, los nuevos enfoques sobre el 25 de mayo circulan en medios de difusión masiva. Están también presentes en la currícula escolar y en los programas de formación de docentes. Pero tienden a convivir e incluso a insertarse como elementos accesorios a una amalgama en la que se han fundido sin contradicciones las líneas generales de la historia mitrista y las denuncias clásicas del revisionismo. En mi opinión, esta pluralidad de versiones coexistentes es un indicador del camino avanzado en la relación de la comunidad con su pasado. Ciertamente, no se trata de reemplazar un relato por otro, sino de contar con explicaciones alternativas. Así lo entienden hoy los investigadores que se propusieron aprovechar el bicentenario, no para develar mitos, sino para conmovir certidumbres. Así también ha sido asumido en ocasiones por los organismos oficiales encargados de la conmemoración, que declaran como objetivo no ofrecer “un único relato, procesado y enlatado, listo para ser consumido”, sino brindar la posibilidad al público de construir relatos plurales (gaceta de la Secretaría de Cultura de la Nación para la inauguración de la Casa del Bicentenario). Es muy temprano aún para saber si estas declaraciones estarán acompañadas por los hechos y hasta qué punto causarán el efecto deseado. ≈



El autor nació en Victoria (Entre Ríos), en 1976. Es doctor en Historia. Da clases de Historia Argentina en la Universidad Nacional de Rosario. Publicó varios ensayos sobre la Iglesia en Argentina durante la primera mitad del siglo XIX.

# Identidades en conflicto

Si una pregunta tuvieron en común las revoluciones de la independencia fue de qué manera los pedidos de justicia que allí se concentraron encontrarían su reparación en las nuevas formas políticas. Las respuestas que se escribieron en distintas proclamas, cartas, ensayos, poemas y documentos, antes y después de las fechas que se convertirían en fiestas patrias, son la materia que toma Dardo Scavino, el autor de *Narraciones de la independencia*, para activar la complejidad de los relatos fundacionales de las naciones americanas. En el diálogo que sigue, Scavino revisa, más que el pensamiento de los protagonistas históricos, aquello que esos mismos protagonistas decían sin pensar.





una diferencia entre “negro criollo” y “negro bozal” para distinguir a los nacidos en América y África respectivamente. Juan Meléndez, sin embargo, protestaba en 1681 contra estas confusiones. Para él, estaba claro, criollo era “lo mismo que procreado, nacido, criado en alguna parte, y criollo en el Perú y en las Indias no quiere decir otra cosa, según la intención con que se introdujo esta voz, que español nacido en Indias”. Y por eso, añadía el fraile, se distingue del “indiano”, denominación que reúne a todos los que nacieron en ese continente sin distinción de origen o de raza, lo que explica por qué para este fraile peruano cualquier permutación de las expresiones *indiano* y *criollo* resultaba inadmisibles. Todavía en aquel “Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos” aparecido en Chuquisaca durante la asonada de 1809 y atribuido al joven Monteagudo, el sustantivo *indiano* va a guardar este sentido: “Obediente, el mísero indiano empieza con su trabajo”, explicaba el monarca cuzqueño, y tan pronto como se detiene a descansar, el español “envaina su acerado filo en el pecho del inocente indiano...”. Con las revoluciones, no obstante, el adjetivo *criollo* desplazó totalmente a *indiano* y pasó a ser un sinónimo de *nacional* o *autóctono*, y un antónimo, por ende, de *español* y, más tarde, *gringo*. El nombre que diferenciaba a un grupo particular iba a convertirse, tras la independencia de las repúblicas hispanoamericanas, en un nombre que identifica a un conjunto general, y esto en detrimento del vocablo que antiguamente ocupaba ese lugar y que a partir de entonces va a caer en desuso.

Criollo va a transformarse en el nombre de una *natio* y, por extensión, en la calificación de los nativos. Pero este nacimiento no se confunde, en todos los casos, con el origen, con la *gens*.

Una prueba filológica de este curioso fenómeno se encuentra en el peculiar empleo del vocablo *indígena* en los países hispanoamericanos. Compuesto a partir de la preposición arcaica *indu* y el verbo *genere*, esta palabra también significaría “nacido en el lugar” o “proveniente de allí”. Ahora bien, este término no incluye nunca a los criollos sino solo a los *ab-origenes* (“La revolución así tomada era una reacción salvaje, es decir, *indígena*, lejos de ser un movimiento de civilización”, escribía en 1867 Alberdi). *Criollo* puede convertirse en un sinónimo de *nacional*, incluso de *autóctono*, pero no de *indígena*: los criollos nacieron allí pero no provienen de allí. La *natio* no coincide con la *gens*. Y esta distinción se desplaza a la totalidad: a diferencia de lo que ocurre con *criollo*, *indígena* no se emplea nunca para hablar del todo sino solo de una parte.

Podríamos comparar el fenómeno de los gentilicios *hispanoamericano*, *criollo* o incluso *latino* con la lógica destacada a menudo por las militantes feministas: el conjunto de todos los hombres se divide en mujeres y... en hombres. Y cualquiera sabe que cuando hablamos de “todos los...”, estamos incluyendo, por lo general, a “los...” y a “las...”. El género masculino engloba, en estos casos, a los miembros masculinos y también a los femeninos, de modo que es, al mismo tiempo, el todo y una de sus partes. Esta lógica tiene un corolario inadmisibles desde una perspectiva aristotélica: *no todos los hombres son hombres* o, si se prefiere, *algunos hombres son mujeres*. Esto explicaría por qué las feministas decían bromeando hace apenas unos años: “La mujer es un hombre como cualquiera”. Pero quizás haya sido Marx quien atrajo por primera vez la atención sobre estos conjuntos anómalos en los cuales, sin respetar la lógica aristotélica, *algunos* valen tanto

como *todos* y algunos otros, no. Los adjetivos *burgués* y *capitalista* se emplean para calificar a *algunos* miembros de una sociedad pero también a *toda* esa sociedad (lo que significa que *no todos los miembros de la sociedad capitalista son capitalistas*: algunos son más bien lo opuesto y se los suele llamar *proletarios*). Nos encontramos así con la lógica de la hegemonía que describió Ernesto Laclau en sus últimos trabajos: un grupo particular se vuelve hegemónico cuando empieza a representar la totalidad de la cual él forma parte.

Cuando el nombre de una parte se emplea para evocar el todo, los retóricos nos aseguran que estamos ante una sinécdoque (los *brazos* sustituyen a los *labriegos* y las *velas* a los *barcos*).

Cuando una palabra viene a paliar, en cambio, la ausencia de otra, los retóricos hablan más bien de catacresis (nos referimos a la *pata* de la silla o de una mesa y al *ojo* de una aguja o de una tormenta). Hay hegemonía, justamente, cuando no disponemos de un término para nombrar el conjunto general y sólo podemos hacerlo a través del nombre de una facción o cuando ignoramos el nombre de un cuerpo y le transferimos el nombre de uno de sus miembros (la hegemonía, en este aspecto, combina la sinécdoque y la catacresis).

Supongamos, en efecto, que alguien nos pidiese contar cuántas manzanas hay en una caja. Si encontramos allí una naranja, una cereza o una pera, no vamos a tenerlas en cuenta. Para hacerlo, nos tendrían que haber pedido que contásemos las frutas en general porque solo cuando las contamos como frutas, una naranja, una cereza o una pera cuentan, cada una, *igual* que una manzana. Pero supongamos ahora que no dispusiéramos de un vocablo para hablar de fruta en general y tuviésemos que recurrir a un nombre particular: para que una naranja, una cereza o una pera contasen tanto como una manzana, deberíamos llamarlas, a cada una de las tres, manzana (*algunos* elementos son manzanas y, además, *todos* los son). Manzana sería entonces una catacresis y, a la vez, una sinécdoque.

Cualquier coleccionista sabe que un conjunto de elementos sólo pueden reunirse a condición de que una denominación genérica les permita homologarlos u homogeneizarlos. *Hispano* era un gentilicio que incluía, hasta las revoluciones, dos grupos: los *hispanos europeos* y los *hispanos americanos*. *Homogeneizar*, si se piensa bien, no significa otra cosa: a pesar de sus diferencias, todos ellos tienen un mismo *génes*, un mismo origen, forman parte del mismo género, de la misma

*gens* o descienden, por decirlo así, del mismo genitor (*homologar*, por su parte, supone que todos pueden subsumirse bajo un mismo *lógos*, esto es: una misma palabra, una misma colección, un mismo conjunto). Esto significa, para repetir una agudeza lacianiana, que cualquier grupo humano es un grupo *homo*. Aquello que no es homogéneo es, por ende, heterogéneo: otro origen, otra *gens*, otro género y un genitor totalmente diferente.

Pero ya durante la colonia el gentilicio español suponía una división de tipo hegemónica: los españoles se dividían, en aquel entonces, en españoles y americanos, de modo que *no todos* los españoles eran españoles... Y los criollos se rebelan, precisamente, contra esta hegemonía de los españoles peninsulares. Viscardo y Guzmán, recordémoslo, había sido muy claro: era preciso renunciar “al ridículo sistema de *unión* y de *igualdad* con nuestros amos y tiranos” y consentir “por nuestra parte a ser un pueblo diferente” [en: *Carta dirigida a los españoles americanos*]. Independencia no significaba otra cosa: había que renunciar a que cada criollo fuese contado como un español. Con las revoluciones, entonces, el gentilicio *hispanoamericano* comenzó a reunir a los hispano, los indo y los afroamericanos. Y algunos relatos revolucionarios van a proponer ofrecerle retrospectivamente un genitor común a toda esta nueva *gente americana* (Sarmiento, que nunca aceptó la homogeneidad de esta colección extendida, va a pretender demostrar en el *Facundo* que siempre existió una fuerza “heterogénea”, enemiga de los patriotas criollos y de los realistas españoles —aunque circunstancialmente haya apoyado a un bando contra otro—, hostil “a la civilización europea y a toda organización regular” —aunque haya participado de ese “movimiento de las ideas europeas” llamado “revolución de independencia”—, una fuerza que el sanjuanino calificaba de “bárbara” y que asociaba generalmente con un grupo sin identidad étnica precisa: los gauchos.

Si alguien hubiese llevado a cabo un censo de hispanoamericanos antes de la independencia, no habría incluido en la cuenta a los indios y los africanos (aunque sí a muchos mestizos).

Después de las revoluciones, en cambio, este nombre iba a incorporarlos: un indio o un negro comienzan a contar igual que un hispanoamericano, pero a condición de que se los cuente como... hispanoamericano. Esto explica entonces el dilema al que suelen enfrentarse los miembros de esas minorías: ¿cómo ser reconocidos como iguales a los hispanoamericanos sin plegarse a la norma mayoritaria, o hegemónica, de la minoría blanca?, ¿cómo contar como hispanoamericano sin verse homologado a los hispanoamericanos?, ¿podría pensarse la igualdad sin integración? Para no repetir el caso paradigmático de la dominación masculina, recordemos lo que les ocurrió a los esclavos afroamericanos de los Estados Unidos: sólo abrazando la religión de los amos —y haciéndolo incluso con un fervor sincero y ostensible—, estos iban a reconocerlos, por fin, como humanos y hasta como ciudadanos; sólo cuando aceptasen volverse occidentales, podrían ser homologados a sus amos. La igualdad cívica —el hecho de que cada ciudadano cuente tanto como otro— supone, por lo general, la aceptación implícita de una hegemonía política y cultural.

**Dardo Scavino** nació en Buenos Aires en 1964. Estudió Letras y Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Desde 1993 reside en Bordeaux, Francia. Publicó *La filosofía actual* (1999), *Saer y los nombres* (2004), *El señor, el amante y el poeta* (2009).





# La escenografía de la patria

El Cabildo de la ciudad de Buenos Aires es una leyenda histórica tardía revalorizada por la retrospectiva de la novela nacional más que por su función real durante la gesta de Mayo. Preparado para la gran conmemoración que lo tiene como protagonista, permanece cerrado en los meses previos a la fecha madre, y sus funcionarios se muestran reacios a adelantar detalles de los festejos. Sin embargo, un recorrido por sus inmediaciones puede deparar aun nuevos hallazgos.



## **Pablo Makovsky**

Siempre percibí como una victoria poética que la Plaza Mayor de Buenos Aires deviniera Plaza de Mayo. Es que la historia y la naturaleza, como decía aquel escritor irlandés, gustan de las simetrías y copian al arte.

La tarde de principios de marzo, que se anunciaba de un calor seco y ameno, se fritó en la Plaza y, en la lente de la cámara de fotos, el bulto blanco del Cabildo reverbera bajo el sol, que ya comienza a correr por Avenida de Mayo hacia el poniente.

El Museo Histórico Nacional del Cabildo y de la Revolución de Mayo, que funciona en la calle Bolívar 65, en edificio del Cabildo, está cerrado por reformas desde el 15 de febrero y hasta el 18 de mayo. "A partir del 15 de marzo ni siquiera estará abierto el barcito, porque van a levantar andamios por todas partes", me dice al teléfono la licenciada Marta Alsina, a cargo de la comunicación y la prensa de la institución.

Con "el barcito" la licenciada Marta Alsina se refiere a El Patio del Cabildo. Restó y Café, una confitería ubicada en el patio empedrado del edificio que tiene entrada por Hipólito Yrigoyen. Debido a las reformas, la feria de artesanos que funciona desde hace unos veinte años en ese mismo patio, pero entrando por avenida de Mayo, ahora está ahí, junto al barcito.

En la terraza de madera sobre la que están las mesas de la confitería, los turistas se distinguen de los locales por lo que beben: bote-



## La escenografía de la patria

llitas de cerveza Schneider (\$12 cada una), para los extranjeros; mate y tortas fritas para los nativos (\$12 que incluyen un termo de un tercio y un mate de vidrio forrado en cuero con yerba Taragüí, más dos tortas fritas del tamaño de una hamburguesa).

Hay dos varones estadounidenses que se separaron de sus respectivas esposas con sendas señas de mano que significaban: “ustedes (por las mujeres) se van a gastar en la feria”, “nosotros (los hombres) nos sentamos a empujar el codo acá”. Ellos hablan. Uno conocía ya Buenos Aires. “*It’s all changed*”, dice, y alza el brazo en un gesto que abarca la Plaza de Mayo, la Casa Rosada, el río allá abajo y quién sabe cuánto más. Luego están los australianos, en la mesa que está en el límite de la cinta roja y blanca que prohíbe el paso al área de reformas que me anunciara la licenciada Alsina. Los australianos, un matrimonio mayor, lucen como turistas clásicos, él no sólo tiene pantalones bermudas color caqui y una chomba con franjas azules y rojas, también lleva un sombrero de algodón y la cámara de fotos, ahora apoyada en la mesa junto al porroncito de Schneider. También hablan del lugar con cierta propiedad, escucho el término colonial (“co’lonial”, dice) un par de veces y nos cruzamos una sonrisa cuando nos descubrimos: él echándose la cerveza del pico y yo chupando de la bombilla. Un claroscuro de sombrillas y de fresnos esparce una suave corriente de aire fresco y, sobre nuestras cabezas, resplandece plena de sol la torre blanca del Cabildo. Todos escuchamos “Corazón partío”, el perdurable hit de Alejandro Sanz.

### Telón de fondo

El Cabildo, escenario privilegiado de la Revolución de Mayo, es en realidad un telón de fondo de la Buenos Aires colonial y de la Revolución misma, que se gestó en la casa de Nicolás Rodríguez Peña, en la jabonería de Hipólito Vieytes y en quintas que estaban en lo que hoy es avenida Callao y Rivadavia (ninguna de esas casas, ubicadas en lo que era Catedral al Sur y al Norte, está hoy día en pie). La sobrevivencia del edificio del Cabildo, en palabras del arquitecto e historiador Carlos Moreno (autor de un tomo sobre la Plaza de Mayo), no desveló a nadie durante más de cien años. La declaración de monumento histórico data de 1933, pero recién en 1940 el arquitecto Mario Buschiazzi recupera su simetría colonial, luego de que se mutilaran primero los dos arcos de su flanco norte con la apertura de la avenida de Mayo y, más tarde, los del sur, al abrir la diagonal Roca.

La Revolución que llevó al pueblo frente al Cabildo (órgano de la administración de la ciudad, cárcel y centro de todo tipo de actividades, incluso de la venta de esclavos, según el historiador y arqueólogo Daniel Schávelzon) se realizó en realidad en media Plaza de Mayo, hasta ese entonces Plaza Mayor, porque el espacio de dos manzanas destinado a la plaza estaba interrumpido, hacia el río, por la recova que seguía el eje trazado por la calle Defensa, en cuyo centro hoy está la pirámide de Mayo.

“Esa recova era bastante útil —dice el arquitecto Luis Grossman, director del Casco Histórico de la ciudad de Buenos Aires, uno de los artífices del Centro Municipal de Distrito Centro de Rosario y hombre de larga trayectoria en la arquitectura contemporánea—, porque cruzar la plaza en verano no es tarea sencilla con este sol devorador”. Las oficinas de Grossman están frente al Cabildo, en el Palacio de la Prensa, donde funciona la Casa de la Cultura del gobierno porteño, un edificio cuyos arcos y balcones afrancesados asoman desde el patio del Cabildo como un segundo cielo, alucinado y titánico.

Pero el gobierno municipal de Torcuato de Alvear, entre 1880 y 1883 (designado por el presidente Roca), no sólo acabó con la recova. Alvear, “prohombre” porteño de familia aristocrática, siguió el modelo parisino de Barón Haussmann (que los franceses pronuncian “osmán”): abrió bulevares y avenidas, entre ellas la de Mayo; creó la Plaza de Mayo, donde hizo plantar palmeras que no sobrevivieron mucho más de lo que lo hizo Alvear (1894) y fabricó el paseo de la Recoleta, donde una calle lleva su nombre. Hay que pensar que entre la Revolución y la Buenos Aires francesa de Alvear y Roca existieron las epidemias de fiebre amarilla (1852 a 1871) que vaciaron de aristócratas los barrios del sur (San Telmo y Monserrat), donde se concentraba la producción y la actividad comercial en tiempos



Plaza de Mayo, 1904.

coloniales y pos revolucionarios, dando lugar al desarrollo del barrio norte.

“La calle Defensa —dice Grossman— siempre fue una especie de eje del barrio sur y de Catedral al Norte. En su fundación, en el esquema de Juan de Garay, cuando en lugar de la casa de gobierno (la Rosada) estaba el fuerte, la ciudad era simétrica de ambos lados, había siete cuadras para el sur y siete para el norte. La ciudad creció hacia el sur, por el Riachuelo, por el puerto y porque tenía la producción, las carretas que venían por el oeste y el sur. En Catedral al Norte estaba la casa de Mitre, la de Sarmiento, la Iglesia de la Merced, la casa de Mariquita Sánchez de Thompson, donde se cantó por primera vez el himno nacional (hoy Florida entre Bartolomé Mitre y Presidente Perón). Para subir al primer piso de esa casa ahora hay que pedirle permiso a los dueños de una marroquinera y pasar entre las carteras y las billeteras”.

### Casco histórico

El Casco Histórico de Buenos Aires alberga hoy, según Grossman, unas cien mil personas que en muchos casos viven turgurizadas. Lo único que sobrevive de la aristocracia porteña que alguna vez habitó la zona son la

licenciada Marta Alsina y, acaso, la esquiwa María Angélica Vernet Martínez, directora del Museo del Cabildo, quien “no da entrevistas por teléfono”, según deja claro la licenciada en las tres conversaciones telefónicas que tuvimos. Las reformas que convertirán el museo en un escenario multimedia de la Revolución de Mayo, así como unos sencillos interrogantes acerca del funcionamiento de la institución, son en sus detalles un secreto tan bien guardado como la conspiración de los hombres de Mayo en la jabonería de Vieytes. El viernes 26 de febrero, cuando llamo al museo para averiguar por las visitas, una empleada me dice que está cerrado, pero que puedo hablar con la licenciada Alsina recién el lunes, cuando vuelve de una licencia. El lunes, la licenciada llega poco más tarde de las 10 al Cabildo debido a una congestión de tráfico de la que me informa la empleada del viernes. La charla que tenemos me sirve para confirmar que el Museo del Cabildo está cerrado y que la directora no concede entrevistas por teléfono. Pero la licenciada me remite al órgano por el que parece expedirse la comunicación del Cabildo: el diario *La Nación*. “Hay una nota que fue tapa del suplemento de Cultura donde la señora directora explica cómo será el museo después de la reforma”. Efectivamente, la primera página de Google

ya me había puesto al tanto de la nota del 15 de febrero pasado que firma Susana Reinoso: las reformas abrirán por primera vez al público la galería superior del edificio, donde tuvo lugar el histórico Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, inaccesible desde 1940. “El acontecimiento —escribe la periodista— quedó registrado en *El Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810*, el monumental cuadro de Subercaseaux, que se halla en el Museo Histórico Nacional. Su reproducción, ubicada en la planta superior del Cabildo, será eje de un interesante desarrollo multimedia, conocido como *touch screen* (un plasma táctil en el que podrán desplegarse ventanas con información sobre los protagonistas y los hechos de Mayo, incluso sobre los gastos de consumo, según revela el historiador Armando Alonso Piñeiro en uno de sus trabajos, ‘diez botellas de vino, seis botellas de Málaga y bizcochos, por veintinueve pesos y seis reales’).”

Vuelvo entonces a hablar con la licenciada, quien repite con precisión que la directora no habla por teléfono y que todo lo que tiene para decir puede leerse en la nota del suplemento de Cultura de *La Nación*. Aprovecho lo del *touch screen* para pedirle que me pase un correo electrónico al que enviarle unas consultas que la licenciada promete evacuar. El 12 de marzo de 2010 a las 16:50, el mensaje que había enviado con mis inquisiciones a [cabildomuseo\\_nac@cultura.gov.ar](mailto:cabildomuseo_nac@cultura.gov.ar) llega con el mensaje: “La Sra. Marta Alsina se encuentra de licencia hasta el lunes 5 de abril”. Firmado: “Museo Histórico Nacional del Cabildo”. Entiendo que en esa firma anónima también se esconde una irreverencia: llamar a Marta “señora” en lugar de licenciada.

Con Luis Grossman, mientras vemos pasar desde el balcón una manifestación por la Avenida de Mayo, conversamos acerca de las reformas que se planean desde el gobierno porteño para el exterior del Cabildo. “Los ómnibus —dice— pasan rozando el edificio, además de producir vibraciones en su estructura. Planeamos en realidad hacer una vereda, porque no tiene. Vamos a dejar las lajas de piedra, que creo que son del año 30, pero tienen la misma fisonomía que los originales. Además de separar la fachada con la vereda, la idea era que hubiera un lugar ceremonial, que el tipo que quisiera ver el Cabildo lo pueda hacer sin que le pase una moto por arriba. Al Cabildo le falta un atrio, una plaza seca como tiene la mayoría, en Salta, en Jujuy, en Córdoba”. Hablamos del Cabildo como símbolo histórico, revalorizado por la retrospectiva de la gran novela de la historia nacional antes que por su función real durante la gesta de Mayo. Recordamos aquella novela de Leonardo Sciascia, *Los archivos de Egipto*, en la que un traductor debe forzar la traducción de unos archivos árabes en los que se juega el linaje y las propiedades de una porción de la aristocracia siciliana. Me refiero al proceso de ficcionalización y leyenda que permite a las realidades complejas andar de boca en boca. Grossman recuerda entonces el caso de “La casa mínima”, una propiedad de poco menos de dos metros y medio de ancho por once de largo en el pasaje San Lorenzo 380, San Telmo, a la que se llamó “La casa del libertino”, debido a una leyenda que aseguraba que allí vivió uno de los primeros esclavos libertos luego de mayo de 1812. El director del Museo de la Ciudad, José María Peña, tras una investigación catastral, señalaría luego que la vivienda es el rezago de sucesivas subdivisiones de propiedades más importantes que se





"Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810" por Pedro Subercaseaux.

realizaron ya muy entrado el siglo XIX. Sin embargo, la casa del liberto es hasta hoy la escena de sucesivos peregrinajes en torno a la identidad afroamericana.

Grossman, que dedica gran parte del día a visitar edificios históricos y a escuchar las demandas de organismos dedicados a la preservación patrimonial, es crítico con respecto a las teorías ortodoxas de la conservación. Recuerda que su amigo el arquitecto Antonio Bonet proponía demoler todo el casco histórico, dejando algunas iglesias como San Ignacio, San Pedro Telmo, y construir viviendas de cuatro o cinco pisos con balcones, con el criterio sanitarista de mantener la mejor orientación, que tuvieran mucho verde. "A veces —afirma Grossman—, esa posición ortodoxa que dice que no hay que tocar nada es reaccionaria y egoísta, porque la gente que vive en el casco histórico no merece una baja calidad de vida. Como ellos (los conservacionistas) viven en Barrio Norte o Recoleta, se sienten propietarios de esos bienes edilicios, pero ahí vive gente y necesita tener fibra óptica, agua potable, buenos desagües, iluminación. Si no se van a ir y va a ser como tantos lugares del mundo, un casco despoblado, un lugar sin vida, una especie de museo al aire libre. La idea es que el escenario se conserve pero que mantenga la actividad de la vida contemporánea. Un objetivo es que a nosotros no nos importa el turista, sino el habitante del lugar. Si el habitante está bien servido y tiene buena calidad de vida, el turista va a venir y disfrutar".

### El último Cabildo abierto

La última vez que el Cabildo tuvo un uso público fue el 10 de diciembre de 1983 cuando Raúl Alfonsín, luego de asumir la presidencia en el Congreso, marchó a saludar desde el balcón del edificio. Juliana Ratto, hija del célebre publicista David Ratto (1934-2004), quien gestara la campaña y la comunicación del gobierno alfonsinista, declaró a la prensa en febrero del año pasado que su padre había tenido la idea de que el presidente que inauguraba la democracia una vez terminada la feroz dictadura cívico-militar hablara desde el Cabildo, "porque sostenía que el balcón de la Casa de Gobierno era Perón". Para el dirigente radical santafesino Luis Changui Cáceres, que acompañó ese día a Alfonsín, las cosas no eran así: "Nunca le escuché a Raúl —dice— un comentario de ese tipo, como si tuviera un complejo de utilización del balcón (de la Rosada), nunca tuvo el más mínimo complejo. Además, para ese entonces ya había pasado mucha agua bajo el puente, en el balcón había estado Galtieri cuando las Malvinas, los festejos del Mundial del 78. El Cabildo tuvo que ver con ese logro de una institucionalidad plena, que era un objetivo central, con reconciliar a la sociedad y hacer realidad nuevos sueños. Hubo pocas veces en la historia donde arrancamos tan bien y estuvimos tan cerca de llegar".

José Ignacio López, vocero de Alfonsín en aquellos años, no pudo llegar al Cabildo aquel 10 de diciembre, el trabajo y la multitud lo retuvieron en otra de las postas de su tarea. "Que el Presidente Alfonsín —me escribe— saludara desde el Cabildo fue fruto de una idea, otra de las 'grandes intuiciones' de David Ratto que su amigo, el doctor Alfonsín, recogió. Como también lo fueron el 'RA' o el saludo. O como fue la del decreto que devolv-

vió el sol a la bandera argentina. 'Hay que dar vuelta la plaza', esa fue la consigna de David, que todo lo concebía en términos de comunicación. 'Hay que dar vuelta la plaza' respondía a ese concepto de Alfonsín de que había que ponerle una bisagra a la historia. Dar vuelta la plaza, mirando al Cabildo, a la civilidad, a los ciudadanos (aquellos de tantos discursos de Alfonsín, 'ciudadanos de uniforme y de paisano'). David bregó por aquella idea (dar vuelta la plaza) y Alfonsín la acogió y ayudó a vencer las 'resistencias' del Ceremonial y de seguridad: por lo engorroso del desplazamiento, con la Plaza y sus inmediaciones colmadas de gente, como se preveía y como ocurrió. Yo no llegué al Cabildo y mucho menos al balcón. Ni siquiera recuerdo si David llegó hasta allí. Por supuesto que había preocupación entre la gente de seguridad y entre quienes conocían el estado del balcón, que no estaba preparado para eso ni para nada parecido. La preocupación del comisario Tirelli, jefe de la custodia, era más que justificada".

Changui Cáceres estuvo en el Cabildo ese día, pero no recuerda si el primer piso del edificio crujía o no. "En esa época —dice al teléfono— en cada palco que se armaba había el mismo quilombo, entraban treinta pero subían cien. Los muchachos para caretear estaban siempre listos".

Para Gustavo Mainardi, militante radical en esos años y estudiante universitario, quien llegó hasta la Plaza de Mayo entre las columnas de seguidores que iban a saludar a Alfonsín, el acto desde el Cabildo fue de alguna manera un problema: "Porque la Plaza no terminaba de llenarse, porque la gente no terminaba de desahogar la avenida y, además, tenían que llegar y darse vuelta para mirar hacia el balcón".

### El revés de la trama

La historia del Cabildo es también una trama. La blancura con la que encandila entre los edificios monumentales de la metrópoli iluminista planificada en 1880 transmite algo que se oculta al mostrarse. Daniel Schávelzon y su grupo de arqueólogos pretenden excavar la Plaza de Mayo para encontrar los restos de la primera iglesia de los jesuitas (que comenzó a construirse en 1710) y llegar a la cripta. "En realidad —dice Schávelzon— se trata de averiguar qué hay de cierto en las leyendas relativas a los viejos túneles que cada tanto se descubren en el subsuelo porteño. Lo que logramos establecer es que hay una red de túneles que iniciaron los jesuitas en el siglo XVII y, tal vez, otros tramos que no llegaron a ser unidos

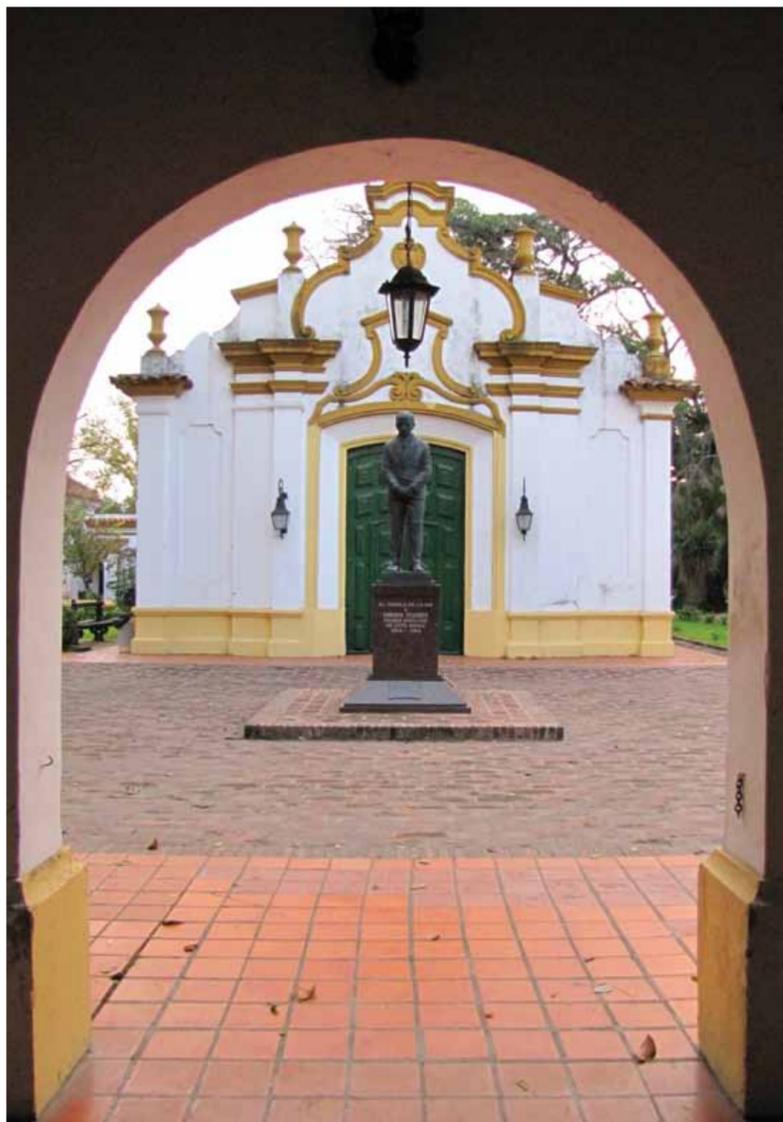
por la expulsión de la orden en 1767. Quedan fragmentos debajo de la Manzana de las Luces y del Cabildo".

Se dice que en esos túneles se encontraron tesoros, catacumbas (porque el Cabildo funcionó como cárcel) y hasta las trenzas de los Patricios por lo que se conoció como Rebelión de las Trenzas (el 7 de diciembre de 1811 Manuel Belgrano ordenó a los soldados cortarse las trenzas, el regimiento se rebeló y fueron reprimidos). Los jesuitas, que contaban con arquitectos, constructores y herreros —los mismos levantaban el templo— participaron a principios del 1700 de un proyecto para crear un sistema de defensa de la ciudad. La idea, hasta donde pudieron llegar los arqueólogos, habría sido unir edificios importantes y permitir el escape según un sistema clásico europeo. Pero, según relevaron las excavaciones de Schávelzon, el proyecto quedó trunco y sólo hay fragmentos de esos túneles bajo algunos edificios como el Cabildo.

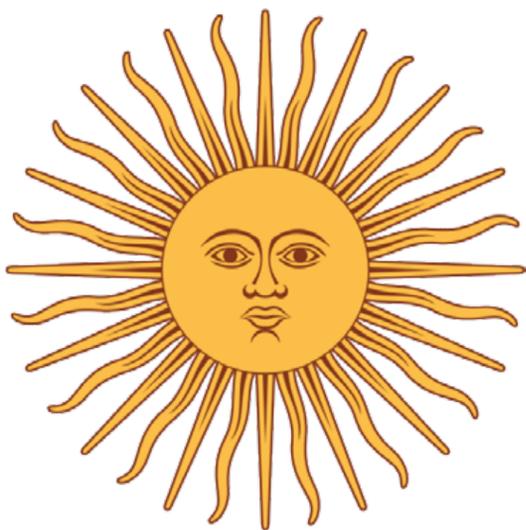
El mismo Schávelzon señala en uno de los artículos que se encuentran en su página de internet: "Hasta el siglo XVIII los esclavos eran vendidos en los arcos del Cabildo en plena Plaza de Mayo. Es válido preguntarse entonces por qué la literatura y el arte están plagados de imágenes vívidas del herrado de vacunos y no de gente, o de recuas de mulas y no de esclavos, ¿no existían o no los quisieron ver? Todo esto no pasaba lejos, en la montaña o en la selva, sino aquí cerca, en plena ciudad: los mercados negreros estaban en los alrededores de lo que era el antiguo centro y la rancharía de los esclavos de los jesuitas estaba en plena Plaza de Mayo, la de los dominicos a cuatro cuadras, unos metros más y seguían los franciscanos y las demás órdenes religiosas, y en Balcarce y Belgrano estaban los esclavos a la venta en los grandes patios de la casa de los Azcuénaga-Basavilbaso. En 1803, cuando las ideas liberales ya avanzaban incluso aquí, el síndico procurador del Cabildo hizo una presentación en la que se quejaba de las empresas negreras por 'no darles entierro a los que mueren, arrojándolos en los huecos —plazas— que tiene la ciudad'".

En sus *Cinco años en Buenos Aires*, el anónimo viajero inglés que vivió en la ciudad entre 1820 y 1825, anota que era frecuente ver los cadáveres de los muertos tirados en la plaza junto a un platito que servía para juntar las monedas que pagarían su entierro. Morirse en Buenos Aires en esos días no era una tarea muy pulcra. Mariquita Sánchez de Thompson anota en sus excepcionales recuerdos que la costumbre era envolver los cuerpos en una mortaja que era el hábito viejo que se le compraba a un sacerdote por 30, 40 o 50 pesos —porque se creía que "daba indulgencias"— y enterrarlos, sin ataúd, en las iglesias (todas en los alrededores de lo que luego Alvear bautizaría Plaza de Mayo). "Se puede considerar el olor —escribe— que habría en estos templos y la indecencia de poner delante del altar estas miserias. ¡Pues esto ofreció una gran resistencia para hacer un cementerio!"

El Cabildo, cuyo nombre proviene del término "capítulo" (a la cabeza), con el que la iglesia designaba sus reuniones, es también legendario en ese sentido: su función en el relato de la historia nacional resulta poética porque ofrece una escenografía y le pone nombre a ese espacio a configurar entonces que era la Argentina, cuyo pasado es, como todo lo que ha partido, tan propio como ajeno. ≈



2. MÁS SOBRE LAS ANOTACIONES DE MARIQUITA



En el contrapunto entre el realismo gestor y la ilusión utópica, la revolución parece haber perdido, junto con su cifra libertaria, su enorme potencia para propiciar un pensamiento sobre el hombre y el mundo nuevos. Sin embargo, un balance histórico activo, y no meramente nostálgico, del ideal emancipatorio puede seguir creando hoy alternativas políticas a la molición consensual.

# Sólo en el presente suceden las cosas

"lo mejor de nuestra piel / es que no nos deja huir"

Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota

Juan Manuel Nuñez

En nuestra actualidad, lo que queda de la revolución es un resto polémico. Escisión fundadora, cláusula de interrupción temporal, signo de apertura a un mundo de posibilidades humanas nuevas, para los viajeros de la utopía. Para otros, más preocupados por regular las coacciones existentes, esa palabra no habrá designado más que un imaginario teleológico trasnochado, ideograma totalitario que, entreviendo la flor en la cruz del presente, movilizó masas ciegas y compactas para la edificación de un tipo de sociedad donde la singularidad humana quedó obliterada en miras de donar consistencia a un estado omnipotente.

Cualquier decisión que se tome acerca de qué queda hoy de la revolución tienen sus cargas problemáticas. Si la revolución no es una representación ilusoria de un porvenir de ventura que pronto se trastoca en pesadilla, sino el nombre de la irrupción igualitaria que rompe los límites políticos de lo posible y hace cesar el tiempo de la dominación y sus pesares, el tema central que se abre al pensamiento es el gran enigma de la centuria pasada: ¿por qué, más allá de su irrupción trastocadora, los más heroicos alzamientos populares, las más tenaces luchas en nombre de la justicia e igualdad terminaron en construcciones estatales mediocres y criminales, en cristalizaciones institucionales que ciegan la posibilidad de auscultar su programa político primigenio? En el descifrado de ese difícil enigma, quizás se encuentre la posibilidad de un pensamiento emancipatorio que recorra un balance activo, y no sólo nostálgico, de las experiencias revolucionarias pretéritas.

Al contrario, si creemos que esa palabra no puede tener sobrevivida política en la actualidad, pues no representa ya más que el signo escatológico de un espejismo igualitarista que pronto devino en su contrario, ganaremos en realismo gestor lo que perderemos en apuestas al cambio del orden social. El rechazo de la revolución como significativo para pensar la política corre en paralelo con un mecanismo solapado de absolución: dado que toda empresa por forzar la historia y construir, aquí y ahora, el hombre nuevo, llevó al totalitarismo de derecha por reacción o al totalitarismo de izquierda por decantación, la única alternativa política es la democracia despojada de cualquier signo sustancialista, la democracia procedimental, de reglas de juego consensuales, donde el horizonte político no tiene como resorte la transformación societal, sino la conservación de esas reglas que dan sentido al ser-con de la polis. Al fin y al cabo, los paraísos perdidos, antes de perderse, crean su propia leyenda de terror.

Por supuesto, no hay que ser una lumbrera para darse cuenta que ese es el sistema de convicciones políticas triunfantes en la Argentina, por lo menos desde la irrupción novedosa del discurso alfonsinista, cuando la última transición.

Pero esa configuración exitosa no es un destino, un devenir ineluctable, sino una construcción histórica. Es claro que, por su peso hegemónico, al estar invitados aquí a hablar de la revolución, tengamos la extraña sensación de metamorfosearnos en albaceas testamentarios de un credo muerto.

una evidencia de la lejanía que establece nuestra ágora mediático-política con cualquier ideal revolucionario. No hay acontecimiento que genere más crispación que una revolución. En ella los nervios se tensan, las decisiones signan desplazamientos nunca compartidos por las bondades del diálogo.

De la revolución, por supuesto, en esta estructura de lo sensible, nos queda un resto: la efeméride, fecunda en hacer persistir el estado de cosas. Es lo que está pasando con nuestro inflamados festejos del Bicentenario: detrás de las revueltas criollas independentistas, cuyo actores, en la versión mediática, parecen tener proyectos uniformes, trabaja la sedimentación de una identidad nacional: certidumbres activas y mitos de identificación colectiva que vienen a solidificar nuestro concordante destino.

Una primera sospecha nos viene cuando pensamos que, si los patriotas criollos hubieran tenido que esperar la estabilización de un



consenso como protocolo de legitimación de su accionar, a no dudar que aún estaríamos en el Virreinato. Una revolución es aquello que no se pacta ni se consensúa.

Tratar la revolución como categoría central de la modernidad política implica salirnos de la molición consensual y normativista de nuestro tiempo para pensar la cosa pública. Tenemos que ser nuestros principales censores. Al fin y al cabo, también nuestras sensaciones son un producto histórico contingente. A veces, cuando está tan de moda adecuarse a la buena de los tiempos para garantizar cálculos acertados, uno puede, entre otras cosas, ayudarse con un mayor paso atrás.

## Consenso y crispación

Acaso los actuales partidos de campeonato entre la, así llamada, flamígera "crispación" y el, como se dice, benévolo "consenso", no sean

## La creación de la historia

¿Qué implicó, para la política de los últimos dos siglos, la idea de revolución? ¿Dónde reside su importancia? Por supuesto, en la historia no

El autor nació en Rosario, en 1979. Es historiador y dicta clases en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Ha colaborado en distintas revistas de historia y pensamiento político argentino, y publicado un libro, Vuestros ochentas (2009).

¿Qué implicó, para la política de



hay finales ni comienzos absolutos. Sin embargo, podemos pensar, para simplificar el asunto, la Revolución Francesa y sus efectos como parteaguas histórico en cuanto a la metamorfosis moderna de la idea de revolución.

Anteriormente a ese acontecimiento de características universales y espejo de la conciencia histórica ulterior, el significado político de la palabra revolución concernía a su sentido etimológico, deudor del vocabulario de la astrología: designaba el retorno de las cosas a su estado anterior. Es utilizado por primera vez para designar exactamente lo contrario a su significado moderno en la restauración de la monarquía en la Inglaterra de 1600, después de que fuera clausurado el parlamento. En el mismo sentido restaurativo fue utilizado en 1688, también en Inglaterra, cuando fueron expulsados los Estuardo por los reyes Guillermo III y María.

Si la modernidad política nace aunada con la Revolución Francesa es porque ésta trae a la esfera de lo pensable un haz de cuestiones entrelazadas por entero novedosas. Por un lado, la de la soberanía popular: el lazo político, los sentidos que suturan el ser-en-conjunto de la sociedad, no adviene de un representante de la divinidad en la tierra —el rey— sino del seno mismo del pueblo. El fundamento del vínculo entre los hombres no residirá más en la tradición o en la religión, sino en las decisiones del propio conjunto humano. Esta metamorfosis de la soberanía recubre el pasaje de una sociedad heterónoma, estructurada por la religión, a una sociedad autónoma, que, cuanto menos idealmente, se da su propia ley y se propone su autogobierno.

En segundo lugar, la secularización del fundamento del lazo social hace que la política sea el lugar de lo nuevo, más precisamente, de la creación de lo nuevo. Si no hay sentidos trascendentes que garanticen la existencia de un orden, el mismo es pasible de cambio, de trastocamiento. Si el orden es contingente, el cambio es una posibilidad de la acción colectiva humana.

En último lugar, hay un viraje en la interpretación del tiempo: el pasaje del mundo de la heteronomía al mundo de la autonomía gira alrededor del advenimiento de la conciencia histórica como productora de un devenir. La autonomía ideal se proyecta en el devenir histórico. La historia no será más la recolección de ejemplos de una circular e idéntica naturaleza humana, sino la demostración de que toda aparente naturaleza humana y todo ordenamiento societal es un artificio, una creación. Esta idea de historia, ligada a un progreso movido por la voluntad colectiva, indica al tiempo como productor de diferencias y al hombre abierto a la novedad.

De ese triple desplazamiento emerge el ideal revolucionario como significante central de la modernidad política, pues es el que mejor explicita la idea de cambio. La revolución es, entonces, la fuerza ciclópica que mueve los resortes de la acción humana hacia el advenimiento de una temporalidad radicalmente nueva. De ahí el papel central que Marx y el marxismo han ocupado en la modernidad, por ser ésta la teoría que más sistemáticamente se ha dedicado a pensar la generación de lo radicalmente nuevo y a analizar las heterogéneas situaciones del hombre como un producto histórico contingente.

Marx es hijo del pensamiento político moderno: entiende que la política revolucionaria implica, centralmente, deslindar la novedad radical de la hora que acaba de dar —para Marx la singularidad de su

tiempo reside en que el reinado de la burguesía es tan transitorio como el de los poderes tradicionales que la Revolución Francesa guillotino, y es el proletariado el sujeto-verdugo que clausurará su ciclo mediante una revolución de características universales—.

Si la Francesa fue una revolución parcial, meramente política, en la que la burguesía pudo cristalizar en las esferas del Estado y de lo jurídico su creciente preeminencia económica, para Marx la futura revolución proletaria, por el contrario, es de características más vastas, pues no tendrá como objetivo central la destrucción de la desigualdad jurídica o política, sino el fundamento del ordenamiento capitalista: la propiedad de los medios de producción de unos pocos, que redundan en la explotación del trabajo de los muchos —los obreros—. Es por eso que, para el pensador alemán, el tema de la soberanía popular inaugurado por la modernidad política encierra un equívoco: el pueblo es todo menos unidad, al ser-en-conjunto lo atraviesa un desgarrante



desacuerdo. El uno de la soberanía popular se divide en dos antagonico: burgueses y proletarios.

Esa idea de Marx, aquí por razones de espacio simplificada hasta el extremo, es la que hereda el siglo XX: la revolución como irrupción dionisiaca de un nuevo tiempo universal que, descoyuntando las estructuras pretéritas, apuesta por la invención de una humanidad nueva. La Revolución Rusa o la Cubana, más allá de sus distancias temporales, espaciales y temáticas, son mojones en la larga marcha de esa búsqueda.

**La pasión igualitaria**

¿Qué implicó, entonces, el significante revolución para el siglo pasado? La pasión igualitaria, la idea de justicia, la voluntad de romper con las compendadas del servicio de los bienes, la deposición de

los egoísmos, la intolerancia a la opresión, el anhelo de cesación del estado de cosas existentes. En la historia argentina reciente, de Tosco a David Viñas, del joven Portantiero a Santucho, de Guevara a Walsh, esa es la gramática en que se desplegó el ideal revolucionario. Empero, no es menos cierto que algunos acontecimientos mentaron también los mismos términos: estoy pensando en el golpe que derroca a Yrigoyen —Revolución del 6 de setiembre— o el que derroca a Perón —Revolución Libertadora—. Sin embargo, el significado que encerraba esa denominación, en ambos casos, es restaurativo: se trata de regresar a un orden legal —la Constitución de 1853— derrocado por la “demagogia”. El caso de la autodenominada Revolución Argentina, golpe de Estado encabezado por Onganía en 1966, es más complejo. Pues si bien por un lado tiene como objetivo el cambio de las estructuras de la sociedad argentina, que visibiliza como estancadas, el resorte de ese cambio fundante no era la movilización de masas en clave justiciera y redentora, sino, por el contrario, el mesianismo autoritario de las Fuerzas Armadas, que aparecía teñido de espíritu tecnocrático y desarrollista.

¿Pero qué queda entonces, del porvenir de esa palabra, cuando la voluntad revolucionaria parece haber llegado a su fin? ¿Qué queda de nuestra idea del tiempo cuando no es transido por la posibilidad de una apertura, de una novedad? Pienso en dos efectos, por entero unidos, que al mismo tiempo son dos evidencias o signos de nuestra época: en las décadas pretéritas de carnadura revolucionaria, la historia nacional, esa historia de la que este año se festeja su bicentenario, era lo que donaba densidad a los proyectos políticos. De ahí que la interpretación del pasado era fuente de antagonismos, la proyección hacia atrás de un presente cargado de posibilidades revulsivas. Nada de eso vemos en la arena política actual: la gramática histórica y por ende proyectual de sus actores tiene la volatilidad que le marcan las encuestas de opinión y el espectáculo televisivo.

Segunda evidencia, tan irrefutable como pocas veces mencionada: cuando la palabra revolución resultaba hegemónica para pensar la política, los acontecimientos colectivos eran los que periodizaban la historia, nunca las centenas o decenas de años. Tanto si había sido la Revolución Cubana, el Cordobazo o la masacre de Ezeiza el signo temporal fundante, lo que importa es que la linealidad era quebrada por voluntades humanas que lo escindían. El paso del tiempo no era una mera estadística contable —el privilegio del sistema métrico decimal— sino que estaba transido por el accionar de un sujeto. Por el contrario, la periodización por décadas —“década alfonsinista”, “década menemista”, etc.—, no es más que la proyección hacia el pasado de la ausencia actual de una auténtica experiencia humana del tiempo. Pensar en la revolución hoy, es, ante todo, sustraerse de una idea del tiempo que nos hace objetos victimario de su paso y no sujetos del anuncio de una nueva temporalidad humana.

Sartre le hace decir a uno de sus personajes, hacia el final de *Los secuestrados de Altona*: “y me puse el siglo sobre las espaldas y dije: empecemos a hablar de ello”. Pensar en lo que queda de la palabra revolución es trabajar al interior de esas coordenadas. Siglo de siglos y sólo en el presente suceden las cosas. ≈

Los últimos dos siglos, la idea de revolución?

"Una becasina  
cocinada a las  
brasas"



Ilustración: David Nahón

### Martín Prieto

El 15 de abril de 1927, en el número 8 de la revista *La Gaceta Literaria*, de Madrid, Guillermo de Torre publica un inmediatamente polémico artículo titulado "Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica" al que lo animan dos singulares ideas complementarias. La primera, destacar con vehemencia el concepto de "Hispanoamérica" y anteponerlo al de América latina, o Latinoamérica, un nombre "advenedizo", producto de las "turbias maniobras anexionistas" de Francia e Italia que, "so capa de latinismo", pretendían tomar por propio lo ajeno: las jóvenes repúblicas de habla española que, signadas por su "primitivo origen étnico, la identidad lingüística y su más genuino carácter espiritual", sólo podían ser designadas globalmente como "Iberoamérica, Hispanoamérica o América española". La segunda, derivada de la primera: frente "al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes", de Torre reafirma la valía de España y propone a Madrid "como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España." Un Madrid, escribe de Torre, "generoso y europeo", contrapuesto a París, "reducto del 'latinismo' estrecho, parcial, desdeñoso de todo lo que no gire en torno a su eje".

Menos de dos meses después, el 10 de junio de 1927, la revista *Martín Fierro*, de Buenos Aires, responde al "afán no satisfecho de imperialismo" de de Torre —como anota Pablo Rojas Paz— con una serie de artículos que viran de la profesión de fe nacionalista grave (del mismo Rojas Paz, quien señala que "nosotros estamos organizando un idioma para nosotros solos y de aquí nos vendrá la libertad. Es signo de potencia espiritual de un pueblo el de transformar el idioma heredado"); de la misma fe, pero en versión criolla y más relajada, de Raúl Scalabrini Ortiz, acorde con la fe y el estilo de su celebrado ensayo *El hombre que está solo y espera* ("Nuestro meridiano —magnético al menos— pasa por la esquina de Corrientes y Esmeralda, si es que pasa por algún lado"), a las bromas —de Ricardo Molinari, quien habla de "las payasadas de Primo de la Costanera", refiriéndose así al general Miguel Primo de Rivera, el dictador que gobernaba España desde 1923 y cuyo espíritu, este sí anexionista e imperial, latía bajo la prosa impecable de Guillermo de Torre; y el humor, sobre todo, de Carlos Mastrorandi y Jorge Luis Borges quienes, bajo el seudónimo de Ortelli y Gasset y el título "A un meridiano encontrao en una fiambarrera"

intervienen en la polémica con un lenguaje "orillero, agresivo y caricatural", como lo califica María Teresa Gramuglio, la ponen en su punto más alto de condensación y en simultáneo la descalifican: como si, en efecto, ambas culturas y literaturas ya hablasen idiomas diferentes, autónomos, y no hubiese nada que discutir—. Por eso mismo, las réplicas a la intervención de *Martín Fierro* publicadas un tiempo después en la misma *Gaceta Literaria* de Madrid y aun otras intervenciones posteriores, desde América —de Alejo Carpentier, de José Carlos Mariátegui, entre otros—, más próximas al comentario que al debate, hoy forman parte más de la bibliografía crítica sobre la polémica que de la misma polémica, saldada, en verdad, varios años antes de su tardía formulación, cuando Juan Valera, el 22 de octubre de 1888 firma en Madrid una célebre carta dirigida a Rubén Darío, que acababa de publicar *Azul...* en Chile, que comienza diciendo: "Todo libro que desde América llega a mis manos excita mi interés y despierta mi curiosidad, pero ninguno hasta hoy la ha despertado tan viva como el de usted, apenas comencé a leerlo." Y el sincero interés y la sincera curiosidad de Valera eran finalmente satisfechas por un libro de autor americano, publicado en América, que trasuntaba un cosmopolitismo que no se encontraba entonces en "ningún hombre de letras de la Península" donde, decía Valera, "todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones". La novedad modernista, entonces, no lo era sólo en América, de donde era oriunda, sino en España también, y esa fórmula extraordinaria que prescribió Darío unos años después ("pensando en francés, escribiendo en castellano") iría a revolucionar no sólo la poesía en lengua española escrita en América sino también la escrita en España: las vanguardias americanas del 22 son tan deudoras de la obra de Darío como las generaciones del 98 y del 27 españolas y la misma reivindicación, en el siglo XX, de la entonces despreciada herencia barroca de Góngora y de Quevedo, por parte de, entre otros, Antonio Machado, quien provocativamente titula un libro suyo de 1907 *Soledades*, y de Juan Ramón Jiménez, quien celebra la aparición de ese libro señalando que el mismo "necesita encontrar un ambiente algo más fragante y más puro que este sucio ambiente español, infectado por las rimas de caminos, canales y puertos de los señores premiados en el concurso de *El Liberal*", tienen su base de sustento y de legitimación en la obra de Rubén Darío, de donde se desprende no que el "meridiano intelectual", para seguir con la imagen de de Torre, se hubiese mudado de Madrid a Buenos Aires —donde funcionó entre 1893 y 1898 la trinchera modernista liderada por Rubén Darío y desde donde partió Darío hacia Madrid ese mismo 1898 como corresponsal del diario *La Nación*— sino que, sencillamente, había perdido su centro.

Este episodio extraordinario en la historia de las literaturas en lengua española es el que cierra —temporariamente por lo menos— las tempranas polémicas acerca de la fundación, en América, de las literaturas nacionales, inmediatamente después de las revoluciones independentistas. Los románticos argentinos, por caso, que debido a la adversidad del contexto político y al talento personal de casi todos ellos, fueron los más activos ideólogos del romanticismo en América a lo largo de la extensa tercera década del siglo XIX, fueron quienes primero reclamaron a la generación precedente la fundación de una literatura nacional, cuya primera nota distintiva debía ser, por supuesto, su independencia de la española. Juan María Gutiérrez, por ejemplo, impugna directamente a la literatura española, a la que considera "nula" y propone, en el campo de las letras, una emancipación "como supimos hacerlo en política, cuando nos declaramos libres". Como, por otra parte, una literatura tampoco podía fundarse desde la nada, al impugnado modelo español se le contraponen el europeo no español y, sobre todo, el francés. La polémica entre el venezolano Andrés Bello y el argentino Domingo Faustino Sarmiento sucedida en Chile en 1842, donde ambos estaban exiliados, y que parece una preparatoria de los dos grandes libros que ambos van a publicar en Chile también en 1845 —las *Silvas americanas*, Bello; el *Facundo*, Sarmiento—, circunstancia que, como señala Julio Ramos, obliga a pensarlos a ambos como contemporáneos, y no como cristalizaciones de dos movimientos literarios sucesivos —neoclasicismo y romanticismo—, si bien es eminentemente sobre la lengua y no sobre la literatura, tiene efectos críticos sobre la literatura también y se basa, con matices, en el mismo esquema opositivo: Bello, gramatical, conservador, hispanista, y Sarmiento, expresionista, libre, afrancesado. Sarmiento solicita al gramático que "así como en tiempo de Moratín se empezaba a conceder sentido común a los que no sabían latín, se conceda hoy criterio y luces a quienes no han saludado, porque no lo han creído necesario, a Lope de Vega, ni a Garcilaso, ni a los frailes de León y de Granada." Y Bello le sugiere que en vez de firmar Sarmiento firme "Sarmientier".

### El arraigo nacional

La grandeza revolucionaria de Rubén Darío consistió, justamente, en que su cosmopolitismo celebrado por Valera en Madrid no era, como el de los románticos, excluyente de hispanidad: por el contrario, Cervantes y *El Cid campeador*, los eneasílabos medievales y el signo barroco, fueron tan constitutivos del programa modernista dariano como los raros decadentistas Verlaine, Moréas, Lautréamont, Ibsen, Edgar Allan Poe y el cubano José Martí, la prefiguración del genio americano. De manera programática —raro en él— lo anota el mismo Darío en el prólogo a *Prosas profanas*:

"El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: 'Ese —me dice— es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Gracilaso, éste Quintana'. Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo ¡Shakespeare!, ¡Dante!, ¡Hugo! (Y en mi interior: ¡Verlaine...!)

Luego, al despedirme: 'Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.'

Sobre esa matriz desafiadamente cosmopolita se inscriben todos los manifiestos —programáticos o no— del cosmopolitismo americano de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX: desde la dedicatoria de Oliverio Girondo al "cenáculo fraternal" de La Púa, en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, donde señala que "en nuestra calidad de latinoamericanos poseemos el mejor estómago del mundo, un estómago ecléctico, libérrimo, capaz de digerir, y de digerir bien, tanto unos arenques septentrionales o un kouskous oriental, como una becasina cocinada a la llama o uno de esos chorizos épicos de Castilla", hasta el celebrado "El escritor argentino y la tradición", de Jorge Luis Borges, donde, a la pregunta acerca de cuál es la tradición argentina responde que es "toda la cultura occidental", incluyente de la misma incipiente tradición de una literatura nacional (las becasinas en el plato de Girondo), de las literaturas europeas no españolas —sobre todo inglesa y francesa— y aun de la literatura española ("un placer que yo personalmente comparto").

Sin embargo, en los años 60, dos fenómenos de orígenes independientes —la apari-

# El mejor estómago del mundo

Los vínculos culturales de América con España después de las independencias nacionales se encuadran, a lo largo de dos siglos, en esa matriz desafiantemente cosmopolita que Rubén Darío fijó en el prólogo a *Prosas profanas*. Desde las polémicas románticas del siglo XIX, pasando por los efectos *for-export* del boom narrativo, hasta llegar a las estrategias del aparato editorial español con los escritores latinoamericanos actuales, los cruces del Atlántico reponen una y otra vez, con diversas beligerancias y acuerdos, los debates sobre la lengua, la literatura y el mercado.

ción consecutiva y, en perspectiva histórica, casi simultánea, debido a los efectos de su visibilidad continental, de dos avasallantes generaciones de novelistas hispanoamericanos (Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, José Lezama Lima, en la primera, y Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa en la segunda) y, como anota Nora Catelli, “el resurgimiento de una decidida política editorial española de recuperación e internacionalización iberoamericana”, cambió la perspectiva descentrada de los años anteriores y España —Barcelona ahora y no Madrid— se convirtió, de una manera compleja, no lineal —y el artículo de Catelli es un exhaustivo desarrollo de esa complejidad— en un nuevo centro de legitimación de las literaturas americanas, en plena época franquista, situación que pone de manifiesto los distintos alcances de las libertades económicas y políticas: en ese orden es emblemático el caso de *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes, que obtuvo el premio Seix Barral en 1967: censurada por el franquismo, la novela no se publicó originalmente en España, sino en México. Concursos españoles —el de Seix Barral a la cabeza— y agentes literarios españoles también —en primer lugar, la mítica Carmen Balcells— le otorgan a los nuevos y no tan nuevos escritores americanos una visibilidad —en América, en Europa y en los Estados Unidos, sobre todo a través de las universidades— que no había existido hasta entonces, pero esa visibilidad en vez de propender a una “internacionalización” de los escritores —de la lengua y los asuntos de sus novelas— confirmó sus distintos arraigamientos nacionales: el Perú de Mario Vargas Llosa, la Colombia de Gabriel García Márquez, el México de Carlos Fuentes, etc. Y España, a cambio, no pudo, en ese intercambio, imponer ningún escritor en el circuito hispanoamericano. Como anota Catelli, “la hegemonía peninsular será únicamente editorial y mercantil, no artística”. Eso, hasta comienzos del siglo XXI.

## Los premios

En el 2000 el Producto Interno Bruto de España crece en un 3,6%, ubicándose por encima de casi todas las potencias históricas europeas (Francia, en el mismo período, crece un 2,7%, el Reino Unido un 1,9%, Alemania un 1,5% e Italia un 1,3%). En América latina los números dan casi todos para atrás: Chile empieza el siglo con un decrecimiento del -1%, Argentina con uno del -3 (para tocar, en 2002 y 2003 los pisos históricos del -14,7%), Colombia con uno del -5% y Ecuador del -8%.

Las imágenes de colombianos, ecuatorianos, chilenos, argentinos, bolivianos haciendo multitudinarias colas frente a los consulados españoles en busca de visas y permisos para entrar a la Península devolvía, como entonces se señaló extensamente, el reverso de las imágenes de los empobrecidos españoles largándose de a miles, hacia la próspera —o potencialmente próspera, según el caso— América de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Como buena parte de la población, buena parte de la literatura americana también se mudó a España. Atraídos por los grandes premios, los encuentros, las editoriales, los suplementos culturales de los diarios, muy rápidamente los escritores de América se familiarizaron con España. Algunos, inclusive, se fueron a vivir allá. La mayor parte de los grandes premios de la época —menos el Planeta, concentradamente hispanocéntrico— fueron ganados por escritores americanos. El Herralde, que ya en el 97 había iniciado la circulación española de la obra del peruano Jaime Baily y al año siguiente daba el puntapié inicial de la extraordinaria carrera internacional del chileno Roberto Bolaño, al premiar *Los detectives salvajes*, entre 2003 y 2008 premió casi en exclusiva a autores americanos: en 2003, a los argentinos Alan Pauls y Andrés Neuman; en 2004 al mexicano Juan Villoro y al argentino Eduardo Berti; en 2005, al peruano Alonso Cueto; en 2006, al venezolano Alberto Barrera Tyszka y a la cubana Teresa Dovalpage; en 2007 al argentino Martín Kohan y al mexicano Antonio Ortuño; en 2008 al mexicano Daniel Sada y al peruano Iván Thays. Alfaguara premió en 2001 a la mexicana Elena Poniatowska, en 2002 al argentino Tomas Eloy Martínez, en 2004 a la colombiana Laura Restrepo, en 2005 a las argentinas Ema Wolf y Graciela Montes, en 2006 al peruano Santiago Roncagliolo, en 2008 al cubano Antonio Orlando Rodríguez y en 2009 al argentino Andrés Neuman. Es decir que el modelo implícito del viejo premio Biblioteca Breve de Seix Barral, que premiaba un año a un autor español y otro a uno americano —modelo que mantuvo firmemente el premio Cervantes desde su creación en 1976— dejó de utilizarse en el siglo XXI debido, seguramente, a que el creciente mercado español de libros en lengua española ya estaba absolutamente consolidado —y por lo tanto en meseta o en baja, como sucede con todo mercado consolidado— con los mismos autores españoles —desde Elvira Lindo a Juan José Millás, desde Antonio Muñoz Molina a Rosa Montero, desde Almudena Grandes a Javier Cercas— y la diversificación de la oferta fue la estrategia de los editores

para mantener el ritmo de crecimiento. De modo que, al revés de lo que sucedió en los años del boom, los nuevos y no tan nuevos escritores americanos no contribuyen a crear un mercado, sino que se suman a uno completamente consolidado: son sus beneficiarios y por lo tanto se someten a sus leyes. De este modo, autores en sus países de origen renuentes a las exigencias de la industria del libro —entrevistas, televisión, participación en ferias de libros, giras, fotografías modeladas— en España se muestran dóciles a todas. La imagen de Juan Gelman de frac ensayando una reverencia ante el rey Juan Carlos al recibir el Cervantes en el 2007 tal vez concentre la tensión de la novedad, que se manifiesta también en la declinación, por parte de los autores americanos dispuestos a integrarse al mercado mundial —al que hasta hoy sólo accederán a través de España—, de los presupuestos de sus respectivas tradiciones nacionales —presentes sobre todo en temas, personajes y lenguaje— a favor de una literatura lo menos nacional posible, de un español neutro, desmarcado, y de temas o asuntos que podrían suceder —y en muchos casos suceden— en cualquier parte del mundo o que, siendo nacionales, han tenido la suficiente circulación y repercusión internacional como para ser propios ya de la aldea global, desde la *aggiornada* serie de los dictadores latinoamericanos, hasta la guerra de Malvinas pasando, claro está, por las recesiones económicas de principios de siglo, que fueron, por otra parte, las que dieron origen al renovado vínculo entre las literaturas americanas y española, convirtiéndose de este modo en singulares autoficciones del fenómeno.

## Un español marcado

La nueva literatura española, en cambio, se jacta de nacionalidad: como si fueran otra vez los dueños de la lengua, los grandes escritores españoles escriben en un español marcado, jergoso —como lo hicieron, en su momento, los grandes escritores latinoamericanos con sus respectivos españoles nacionales, desde el argentino Roberto Arlt hasta el colombiano Andrés Caicedo, como lo hace ahora mismo, insular, otro colombiano: Fernando Vallejo—. Y escriben, los españoles, además, novelas nacionales.

La Guerra Civil española, por ejemplo, durante treinta años fue patrimonio casi exclusivo de la literatura internacional no española: *La esperanza*, de André Malraux (1937) y *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway (1940) son dos de sus

ejemplos más reconocidos. Y comenzó a volverse española en España recién en 1967, luego de que se aprobara en 1966 la ley que garantizaba la libertad de prensa e imprenta que, como vimos en el caso de la novela de Carlos Fuentes, no se cumplió de manera estricta, pero por lo menos comenzó a liberar el imaginario de los escritores españoles. Pero esa libertad temática no pudo abandonar el modelo de “literatura universal” al que los escritores no españoles habían sometido al asunto durante más de treinta años, de modo que aun los mejores ejemplos “históricos” de novela española sobre la Guerra Civil —*San Camilo 1936*, de Camilo José Cela (1969) y *Volverás a Región*, de Juan Benet (1967)— no pudieron desprenderse de las marcas del modelo precedente en el que, como escribe Justo Serna, un conflicto regional devino escenario de problemas perennes de la condición humana como el del héroe, el traidor, el altruismo, la cobardía, la abnegación, la entrega, el fanatismo o la derrota: el tema nacional pierde, otra vez, sus marcas de localía y se vuelve internacional y, a su modo, no interesante.

Algunos de los nuevos y no tan nuevos escritores españoles le han dado una vuelta de tuerca al asunto y, como si hubiesen escuchado entera aquella lección del argentino Rodolfo Walsh —que sus compatriotas decidieron no seguir en masa— que señalaba que “la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, se sacraliza como arte” y que “la ficción resulta encumbrada porque no tiene filo verdadero, no hiera a nadie, no acusa ni desenmascara”, des-novelizaron, des-ficcionalizaron y por lo tanto des-universalizaron el asunto de la Guerra Civil española y volvieron, de este modo, a ponerlo en el centro de la discusión nacional: la literatura, en España, volvió a vincularse con la sociedad, aun con la sociedad no lectora, o no habitualmente lectora, como había sucedido en América con los escritores del boom. *Soldado de Salamina*, de Javier Cercas (2001), tal vez haya sido el ejemplo más acabado de esta novedad: celebrada por el público y por la crítica a la vez, como no sucedía de manera simultánea desde las épocas del boom, *Soldado de Salamina* es el hecho inesperado que, sin embargo, confirma una presunción: que las novedades, en literatura, provienen desde donde no se las espera y mientras una generación de narradores americanos se preparó a conciencia (tal vez demasiado a conciencia) para dar el salto y copar la parada de los viejos escritores del boom, quienes las coparon, esta vez, con Cercas a la cabeza, fueron los españoles. ≈

# «Ni con miles de versos harás la Revolución»

por Ana Porrúa

**Relación que hace el GAUCHO RAMÓN CONTRERAS a JACINTO CHANO, de todo lo que vio en las Fiestas Mayas en Buenos Ayres, en el año 1822**  
(fragmento)

CONTRERAS  
(...)  
Llegó el veintiséis de mayo  
y siguieron las junciones  
como habían empezao.  
El veintisiete, lo mesmo:  
un gentío temerario  
vino a la plaza; las danzas,  
los hombres subiendo al palo  
y allá en el rompe-cabezas  
a porfía los muchachos.  
Luego con muchas banderas  
otros niños se acercaron,  
con una imagen muy linda  
y un tamborcito tocando.  
Pregunté qué virgen era,  
La Fama, me contestaron:  
al tablao la subieron  
y allí estuvieron un rato,  
adonde uno de los niños  
los estuvo proclamando  
a todos sus compañeros.  
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo  
ver al muchacho caliente,  
y más patriota que el diablo.  
Después hubo volantines  
y un inglés todo pintao  
en un caballo al galope  
iba dando muchos saltos.  
Entre tanto la sortija  
la jugaban en el Bajo.  
Por la plaza de Lorea  
otros también me contaron  
que había habido toros lindos;  
yo estaba ya tan cansao  
que así que dieron las ocho,  
corté para lo de Alfaro,  
aonde estaban los amigos  
en beberage y fandango:  
eché un cielito en batalla,  
y me refalé hasta un cuarto  
aonde encontré unos calandrias  
calientes jugando al paro.  
Yo llevaba unos rialitos,  
y así que echaron el cuarto  
se los planté, perdí en boca,  
y sin medio me dejaron.  
En esto un catre viché  
y me lo jui acomodando,  
me tapé con este poncho  
y allí me quedé roncando.  
Esto es, amigo del alma,  
Lo que he visto y ha pasao.

**Bartolomé Hidalgo**  
(Provincias Unidas del Río de La Plata,  
Montevideo, Uruguay, 1788 – Buenos Aires,  
1822)



**Los fuegos artificiales**  
(fragmento)

En las tinieblas que forman como un atrio  
A esplendores futuros, goza la muchedumbre  
Las últimas horas de su día patrio;  
Esperando que el cohete de costumbre,  
Con su tangente flecha  
De iniciación, alumbre  
El anual homenaje de la Fecha.

Bajo el rumor confuso  
De la germinante batahola,  
Se desgañita pisado en la cola,  
Con ayes de mujer un can intruso.  
A dos comadres con el Jesús en la boca,  
Una bicicleta pifia graznidos de oca;  
Y en gambetas chabacanas  
Precipita su fulminante polea  
Por la plaza que hormiguea  
De multitud, como un cubo de ranas.

(...)

Con un reproche más acre,  
Una vieja  
Se queja  
Desde el fondo de su fiacre;  
Cuando a mitad del estéril soponcio,  
Surge una culebra de múltiples dardos,  
Crepitada en ascuas de estroncio  
Sobre tres catástrofes de petardos.  
Y el delirio de fuego y de oro  
Estalla en química hoguera,  
Cuya cimera  
Exaltada a meteoro,  
Es ya desaforada bandera  
Que agita un bello comodoro,  
Chispeando un rubí por cada poro  
Y con un lampo azul por charretera.  
Coloreados humos de combates navales,  
Evocando la patria guerrera  
Y los “oíd, mortales”.

(...)

Camino de la casa,  
Volvemos todavía la cabeza  
Con el encanto de una vaga certeza.  
Hasta que, de improviso,  
La postrer bomba, por el ámbito sonoro,  
Se abre a la inmensidad en palmas de oro  
Como un árbol del Paraíso.

**Leopoldo Lugones**  
(Villa de María del Río Seco, Córdoba, 1874 – Buenos Aires, 1938)



**Los poetas oficiales**

¿Amoldáis vuestra esfera a lo más íntimo del provenir?

Perros enanos entecos, tenéis a vuestro servicio los escribientes  
nacionales, pajarracos de la patria.

Canasteros de los frutos del odio, no estoy arrepentido de tener a  
mi servicio las joyas y los frutos del deseo.

Principitos destronados de toda sangre de composición en la  
naturaleza.

Eugenios, Equis, Clauditos, perritos de ceniza.

**Francisco Madariaga**  
(Semanas después de nacer en Buenos Aires, Madariaga llega  
rá a Paraje Estancia Caimán, Tercera Sección, Departamento de  
Concepción, Corrientes, 1927 – Buenos Aires, 2000)



**Las patas en las fuentes**  
(fragmento)

(...)  
entonces el Buen Idiota  
balbuceó su verdad  
“aquí  
los únicos privilegiados  
son los privilegiados”  
balbuceó

pero hay cretinos  
siniestros  
me dictó  
la cabeza

pero qué  
qué dice la gente  
juven

—Nada podrá más  
que la decisión  
y el coraje

“La decisión es un don  
de la inteligencia”  
balbuceó el Buen Idiota  
“y el coraje  
—tartamudeó—  
es su acción”  
volvió a balbucear  
el Buen Idiota  
su verdad

entonces vi al saboteador  
arrepentido  
llevaba una bomba casera  
entre sus manos  
“y ya no estoy arrepentido”  
me dice  
cuando a los pocos pasos  
la bomba estalló contra su vientre  
y aún así reventado  
llama  
y yo acerco mi oído tenso a su boca  
“la redención por la lucha”  
me dice  
“la insurrección es un arte  
es un arte”  
y así  
expiró entre mis brazos

¡Y hagamos antorchas  
compañeros!  
gritó la mujer que iba al frente

y lo que esas antorchas  
alumbran alzándose en su luz  
“es la toma  
del poder”  
balbuceó el Buen Idiota  
“y también  
cuando metimos las patas el poder  
en las fuentes de la Gran Plaza”  
dijo mirando a los adictos

(...)

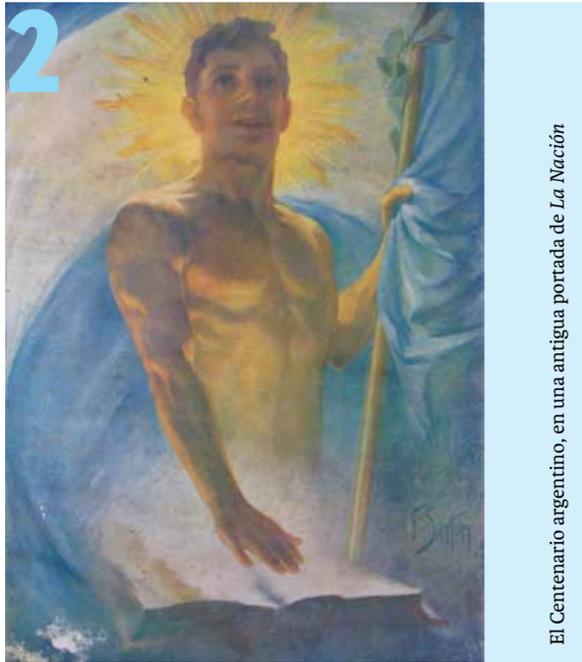
**Leónidas Lamborghini**  
(Buenos Aires 1927 – 2009)





“Un número de hombres atrevidos, en quienes el eco de la libertad hacía una impresión irresistible, se unen secretamente y exponiendo su tranquilidad, su fortuna, su vida, con tal de extirpar la tiranía, levantan el plan de esta revolución. Sin fuerzas, tienen el atrevimiento de provocar los resentimientos de un virrey poderoso; sin experiencia, encuentran arte de adormecer la vigilancia de los ministros; sin dinero, ganan la voluntad de mucha fuerza armada; sin autoridad, reinan en el corazón de los ciudadanos. Todo así dispuesto, revienta por fin el volcán, cuyo ruido había resonado sordamente, y una junta de nueve sujetos con poderes amplios reemplazó el 25 de mayo de 1810 al virrey Cisneros. Este fue el primer paso de nuestra revolución.”

Gregorio Funes. “Bosquejo de nuestra revolución” en *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán* (Buenos Ayres, Imprenta de Benavente y Compañía, 1817).



El Centenario argentino, en una antigua portada de *La Nación*

Estimado Señor Juan Ignacio Gómez:

Desearía presentarme, mi nombre es Mariquita Sánchez de Thompson, hija de Cecilio Sánchez de Velasco y Magdalena Trillo. Me alegra mucho saber que usted ha formado parte de la primera junta de 1810, y que ha sido el alma de esta. Mi vida se ha basado en poder lograr la independencia de la corona española. Dentro de unos meses inauguraré un salón dentro de mi casa en el cual se entonarán las primeras estrofas de nuestro himno. Desearía que presenciara este evento tan memorable para la Nación Argentina ya que este hecho es uno de los primeros pasos para poder lograr la independencia. No sería extraño que me conociera ya que estuve ligada a los sucesos sociales y políticos que tienen lugar en el Río de la Plata. Le agradezco mucho que se haya tomado la molestia de leer mi carta, y así yo también espero poder leer su respuesta. Cordialmente,

Mariquita Sánchez de Thompson

Mariquita Sánchez de Thompson en *Intercambio de correspondencia con Juan Ignacio Gómez* (enlace: [http://www.clarin.com/diario/especiales/mayo1810/mariquita\\_tompson2.htm#informe](http://www.clarin.com/diario/especiales/mayo1810/mariquita_tompson2.htm#informe))



La ejecución de Luis XVI (“que una sangre impura riegue nuestros surcos”, de La Marsellesa). Estampa popular. París, Biblioteca Nacional.

“Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases.

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha inintermitente, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de estamentos, dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas. Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.”

Carlos Marx y Federico Engels, “Burgueses y proletarios” en *Manifiesto del Partido Comunista* (1848).

## Res en el Centro Cultural



Acciones rosarinas, muestra de fotografías de res en Galerías del CCPE/AECID Del 7 de mayo al 27 de junio de 2010. De martes a domingos de 15 a 20 horas.

res. Belgrano, acción en el Monumento a la Bandera, 24 de octubre de 2009.

## —Transatlántico.

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España / AECID, Sarmiento y río Paraná, (2000) Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina. Teléfonos: (+54 341) 4260941 y 4402724 Correo electrónico: t@ccpe.org.ar Sitio web: www.ccpe.org.ar

Consejo editorial: Martín Prieto, Pedro Cantini, Cecilia Vallina, Nora Avaro. Secretaria de redacción: Nora Avaro. Lectura final y corrección: Gastón D. Bozzano. Diseño: Pablo Cosgaya, Marcela Romero. Impresión: Cooperativa Gráfica Patricios.

R2010  
bicentenario en rosario



CCPE AECID  
Centro Cultural Parque de España

FOLLETÍN EN PERIÓDICAS ENTREGAS POR MAX CACHIMBA

## LOS AVENTUREROS DEL CULO DEL MUNDO

CAPÍTULO VII DÓNDE EL CAPITÁN ILUSTR A SU COSMOPOLITA TRIPULACIÓN SOBRE EL FERVOR PATRIÓTICO QUE SE VIVE EN EL RÍO DE LA PLATA EN ESPECIAL OCASIÓN CELEBRATORIA...



... UN GRUPO DE CABALLEROS CON APELLIDOS DE NOMBRES DE CALLES FUNDA UN MODESTO CLUB SOCIAL ...



LAS INSTALACIONES ERAN SENCILLAS, UNA MESA, VARIAS SILLAS, UN PEQUEÑO ESCRITORIO Y UN DESVENCIJADO SILLÓN, MOTIVO DE ALGUNAS DISPUTAS ENTRE LOS SOCIOS...



LAS TARDÉS Y VELADAS TRANSCURRÍAN ENTRE TABAcos, CHISMES FRÍVOLOS Y PARTIDAS DE NAÍPEA...



... HASTA QUE UN DÍA ...

SEÑORES, TENEMOS APELLIDOS CON NOMBRE DE CALLE, ¿HASTA DE ALGUNA AVENIDA, NO ME PARECE PERTINENTE PASARNOS EL DÍA JUGANDO A LOS NAÍPEOS Y OBSERVANDO TRAZEROS DE SEÑORAS POR LA VENTANA... ¿Y SI HACEMOS UNA REVOLUCIÓN?



RON CON MENTA Y LIMÓN, ¿VIVA LA REVOLUCIÓN!

